

**Graciela Batticuore, *Mariquita Sánchez: bajo el signo de la revolución*
Buenos Aires, Edhasa, 2011, 320 páginas.**

Múltiples facetas de la personalidad de María Josepha Petrona de Todos los Santos Sánchez de Velazco —una mujer muy singular de la historia argentina, recordada como *patriota* por los relatos y pinturas que cuentan que en su casa se cantó por primera vez el Himno Nacional Argentino—, son reconstruidas rigurosamente por Graciela Batticuore en su libro *Mariquita Sánchez: bajo el signo de la revolución*. Un trabajo que, al mismo tiempo que elabora el relato biográfico de esta dama porteña, ilumina la historia de nuestro país desde una perspectiva que visibiliza la actuación e incidencia de algunas mujeres en el espacio público, así como también ciertas prácticas políticas y culturales características de la época.

El propósito de la autora es “recomponer la biografía de Mariquita Sánchez desde una perspectiva que presta singular atención a los aspectos materiales de su historia personal” (p.12). La investigación restaura así las distintas facetas de la vida de este personaje partiendo del análisis de una variada serie de imágenes (fotografías, pinturas, planos arquitectónicos) y de un importante conjunto de escritos (libros, cartas, poemas, testamentos, tradiciones, cuadernos de gastos, entre otros documentos), ya sean producidos por Mariquita Sánchez o bien por otros autores. Los aspectos considerados por Graciela Batticuore no forman parte del imaginario colectivo que prevalece sobre ella y, en este sentido, su biografía ofrece una lectura más compleja acerca de la vida de esta mujer. Paralelamente, el análisis cuidadoso de las fuentes mencionadas le permite sondear las dimensiones públicas y privadas de la época, así como también explorar una serie de prácticas personales, culturales y literarias que incidieron en el ámbito público y político, en los cuales Mariquita Sánchez tuvo un papel destacado. Apoyada en el estudio de esos textos, la autora reconstruye un universo material que —como bien queda demostrado en su trabajo—, aún tiene *mucho que decir* no sólo de esta singular mujer sino también del contexto sociocultural en el cual transcurrió su vida.

Estructuralmente, esta biografía se encuentra constituida por seis capítulos y un apéndice. En ellos, el relato cronológico de la vida de Mariquita se halla intercalado por una serie de estudios pormenorizados acerca de diversos aspectos de la vida de esta dama porteña, íntimamente vinculados con la “cultura del trato”, denominación elegida por Batticuore “para describir el ambiente y el modo en que [ella] se movió siempre” (p. 21).

Partiendo de la imagen de una Mariquita patriota, iluminada *bajo el signo* de la Revolución de Mayo, la autora retrata a esta mujer también *bajo el signo* de otra revolución previa —la Revolución Francesa—, en tanto suceso histórico que abrió en Occidente un nuevo paradigma que trajo aparejado la posibilidad de debatir acerca de los derechos del hombre y también los de la mujer. La consideración de esta otra revolución, le permite a Batticuore, por un lado, iluminar el análisis de la ruptura que Mariquita establece con respecto al pasado colonial y, por el otro, enfocar dos facetas interrelacionadas que la vinculan con las mujeres ilustradas que encabezaban los salones franceses del siglo XVIII: Mariquita como *mujer de trato* y como *mujer escritora*, aspectos poco analizados por sus anteriores biógrafos, pero que ya habían sido incursionados por propia Batticuore en su libro: *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870* (2005).

Con respecto al perfil más conocido de este personaje histórico, en el segundo capítulo de la biografía titulado “La Patria”, Graciela Batticuore analiza la base material sobre la cual se sustenta el imaginario colectivo y el modo en que su nombre e imagen pasó a la posteridad. Para ello, se relata el temprano compromiso político y económico que Mariquita y su primer esposo, Martín Thompson, tuvieron con la causa revolucionaria. Esta situación actúa de marco de la operación crítica efectuada por Batticuore: el análisis de las distintas versiones que circularon acerca de la creación del Himno Nacional Argentino, algunas de las cuales presentan el salón de esta dama como el escenario en el cual se cantó por primera vez —o bien se ensayó, como subraya la versión de Pastor Obligado— la marcha patriótica escrita por Vicente López y Planes y musicalizada por Blas Parera. De todas las representaciones, la pintura realizada por el chileno Pedro Subercaseaux es la que más peso pareciera tener en la construcción de ese imaginario colectivo, pues allí Mariquita es retratada en el salón de su casa, rodeada de la elite porteña, entonando la marcha patriótica.

Su primer matrimonio y las consecuencias económicas que su decisión conlleva, son dos aspectos evaluados por Batticuore para analizar la ruptura que Mariquita efectúa con respecto al pasado virreinal, en el primer capítulo de la biografía, titulado “En perspectiva”. Allí la lectura crítica explora el tiempo de la colonia a través de las memorias que Mariquita escribe hacia 1860, a pedido de amigos y allegados. Este manuscrito es el que póstumamente la convertirá en “autora” cuando Santiago Liniers de Estrada, un descendiente de Santiago Estrada a quien le dedica el relato, lo publica en 1953 con el título de *Recuerdos del Buenos Aires virreinal* (Editorial Ene). Las primeras páginas de este escrito recién

fueron publicadas en el año 1995 en la biografía escrita por la historiadora María Sáenz Quesada. En esas memorias, Mariquita despliega una visión negativa del virreinato, época a la que caracteriza a partir de su precariedad material, pobreza e ignorancia. Este relato es confrontado por Batticuore con otras fuentes — por ejemplo, los inventarios familiares, que posicionan a Mariquita en un estatus económico y cultural privilegiado— que le permiten a la estudiosa interpretar una serie de omisiones estratégicas presentes en esos *Recuerdos*, que son funcionales a una lectura positiva de la Revolución de 1810.

La fortuna familiar así como también la formación que ha recibido le posibilitan a la joven entrar en contacto con las nuevas ideas sobre la educación de la mujer que circulaban en la prensa porteña. El movimiento de ruptura con el pasado colonial se traduce en su firme decisión de contraer un “matrimonio por amor” con su primo Martín Thompson. Los padres de Mariquita se negaron a dar la mano de su hija a este muchacho sin fortuna. Aun así, y a riesgo de ser desheredada y perder su honra, Mariquita y el joven inician un proceso judicial que finalmente les permite contraer enlace con el consentimiento del virrey Sobremonte. En este contexto, Mariquita escribe su primer texto público en el cual explicita sus ideas referentes a los derechos individuales, los sentimientos personales, la libre elección y al matrimonio por amor, ideas progresistas que si bien van en contra de los designios paternos y la ley colonial, se encuentran en sintonía con la nueva mentalidad ilustrada que se inaugura con la Revolución Francesa y cuyas ideas se difundían en la prensa local del Virreinato del Río de la Plata. Este hecho, como explicita Batticuore, es “el primer hito resonante y de concomitancias políticas en su vida” (p. 39).

Durante su matrimonio con Martín Thompson, la casa de Mariquita es uno de los espacios elegidos para las citas políticas. Allí ensaya y luego pone en práctica el *trabajo* de sociabilizar cara a cara. Tras la muerte de su esposo en altamar, luego de haber realizado una infructuosa misión diplomática en EEUU —que será costeadada por los Thompson y no será reconocida por el gobierno argentino—, su posición económica y social queda desestabilizada. Por esta razón, la dama porteña planifica su segundas nupcias con un francés carente de fortuna pero con importantes contactos políticos: Jean-Baptiste Washington de Mendeville.

En esta biografía, la casa de la calle Florida en la cual nace y muere Mariquita tiene un papel relevante: “representa a su dueña en todo lo que ella es y ha querido ser. Por allí pasa el mundo y es allí donde, precisamente, se consolida la red de vínculos que rodean y sostienen la posición de esta mujer a lo largo de los años” (p. 287). Mariquita sacrificará gran parte de su fortuna para mantener esta casa modernizada. Justamente, en el tercer capítulo, Batticuore se aboca al estudio del protagonismo que este mobiliario ha tenido en la escena social y política a comienzos del siglo XIX. A través de diferentes documentos, la autora analiza las reformas efectuadas por los Mendeville y la significación que esas remodelaciones modernizadoras y afrancesadas tienen en relación con los idearios y los nuevos roles sociales que comienzan a desarrollar sus habitantes: Mariquita es un miembro activo de la Sociedad de Beneficencia —una de las instituciones inauguradas gracias a las reformas progresistas de Rivadavia— y su esposo Mendeville, a fines de la década de 1820, logra ser cónsul de Francia en Buenos Aires. En esta casa, que se convierte en sede del consulado francés, Mariquita continúa desplegando saberes vinculados con la cultura del trato: organiza tertulias, mantiene relaciones sociales con personalidades pertenecientes al ámbito nacional e internacional y constantemente se informa acerca de lo que ocurre y se escribe en el país.

La otra cara de la exposición pública es un entramado de poder que puede comprometer el buen nombre de Mariquita y su esposo. Batticuore analiza en detalle la compleja relación que une a esta dama con una figura que dominará el panorama político del país durante más de dos décadas: Juan Manuel de Rosas. Los vínculos del matrimonio con este personaje gestarán una imagen pública negativa: la de Mariquita como “mujer inescrupulosa”, faceta construida por la diplomacia francesa entre 1832 y 1836. Pero estos vínculos también resultarán provechosos pues, durante los años de exilio, le permitirán ingresar y salir del país, en varias oportunidades, con salvoconductos especiales.

Una vez concluido el mandato de Mendeville, ella se autoexilia en Montevideo, mientras su marido decide viajar a Francia y no volver a vivir con su mujer. La casa queda al cuidado de Florencia, una de las hijas de su primer matrimonio. Desde el exilio, Mariquita sostendrá la red de vínculos sociales y afectivos a través de una copiosa correspondencia, faceta implicada en su condición de mujer “de trato”. Sus epístolas suelen ser acompañadas por poesías y crónicas sociales y políticas. Batticuore observa que esta dama de la elite porteña maneja diferentes tipos de géneros discursivos según los receptores con los que interactúa. Por ejemplo, la poesía está destinada a los habitués del salón, las amigas y las nietas y permite analizar las preocupaciones y ocupaciones de una dama de salón. Por su parte, las crónicas están destinadas a aquellos que se encuentran comprometidos con la causa antirrosista: su hijo Juan Thompson —quien dirige el diario de oposición *El Libertador* y para quien Mariquita actúa como *corresponsal política*, manteniéndolo informado sobre todo lo que ocurría en las ciudades de Buenos Aires y Montevideo— y también Esteban Echeverría, a quien está destinado su *Diario*, escrito entre 1839 y 1840, en el cual se propone informarle todo lo que políticamente ocurría en el país.

En el cuarto y quinto capítulo, Batticuore analiza los distintos matices de esta faceta de Mariquita escritora, en donde su perfil de poetisa, específicamente, está en sintonía con las costumbres de los salones parisinos del siglo XVIII. La autora señala que Mariquita está más apegada a los códigos literarios del pasado que a las modernas convenciones, pues su público está constituido no por el gran público sino por un círculo minoritario y selecto y el formato en que circulan sus escritos no es impreso sino manuscrito. Como la publicación es uno de los imperativos que acompañan los nuevos modos de erigirse autor, la faceta de Mariquita escritora —considera Batticuore— fue desatendida por los estudiosos. En su trabajo, esta autora recupera ese rostro perdido de la gran dama de la elite porteña, aspecto imprescindible para entender el rol de mediadora desempeñado en su época, así como también para comprender la “cultura del trato”.

Finalmente, en el último capítulo de este texto biográfico se analiza la dimensión económica de la vida de Mariquita y su familia y los altos costos que conlleva mantener la posición social y la compleja red de vínculos, verdadero capital de esta mujer. Esta imagen pública, sostenida con tenacidad y esfuerzo por la dama porteña, se ve suavizada en el apéndice del texto reseñado, a través de un perfil doméstico y cotidiano que humaniza a este multifacético personaje femenino.

Mariquita Sánchez. Bajo el signo de la revolución es una biografía que parte de la imagen pública de la dama porteña —sustentada en el relato de la historia a través de imágenes pictóricas y tradiciones literarias— para reconstruir a través de aspectos materiales pertenecientes a la esfera privada (cartas, testamentos, planos arquitectónicos, libro de gastos) los múltiples rostros de una mujer de dos épocas: una Mariquita ilustrada pero también romántica, escritora prolífica, autora póstuma, corresponsal política, mujer de trato y vínculos sociales, y cuya vida permite a su vez iluminar las prácticas políticas y culturales de su época.

María Florencia Buret